

SUNDARAM, SANĀTANA DHARMA.

“Belleza, el orden perenne”

María José Mora Friedl
Académica,
Licenciada en Historia y Periodista Universidad Gabriela Mistral,
Máster Europeo en Ciencias de las Religiones Universidad Complutense de Madrid.

“El Hinduismo se llamaría a sí mismo, si tuviese que darse un nombre: Sanatana dharma, esto es, el orden perenne, religión eterna, el orden que permanece y que subyace a toda ordenación”

Raimon Panikkar

Sonidos coloridos, formas misteriosas, cultos peregrinos, destellos indescifrables, sombras reveladoras. Fuego, incienso, palmas abiertas, cantos, agua, polvo bermellón, bailes, flores. Un mundo de esplendorosos contrastes. Eso es la India.

Un subcontinente, una población de casi 1.200 millones de habitantes, que se calcula en los próximos veinte años podría superar la población de China. La India está en las puertas de este siglo XXI con un desarrollo económico emergente que se ha convertido en un atractivo fascinante para las inversiones occidentales. Sin embargo, ese rostro de un país en vías de desarrollo, marcado por los avances farmacéuticos, los adelantos en el área espacial, de progresos imparables en el mercado cinematográfico y vanguardia en el área computacional y tecnológica, son sólo una de las tantas caras de la India, en donde los logros económicos y tecnológicos se pierden en los embriagantes matices de una cultura y tradiciones milenarias que la mirada occidental no logra compaginar con sus variados “avances”.

Y es que lo que hace fascinante a la India, es precisamente el contraste. El choque entre una modernidad que unos pocos están descubriendo, frente a la tradición que permea la realidad toda y de todos.

Aquello que llamamos tradición, es más bien aquello que para muchos, define la India, la retrata y la explica. Es esa mezcla de colores y sensaciones, de imágenes religiosas que forman parte de un todo integrador y envolvente.

El Hinduismo, pareciera ser a ojos de occidente, una noción universal que intenta encerrar en ámbitos mensurables, lo que la India es. Sin embargo, las percepciones occidentales son – generalmente - muy superficiales, incompletas, y ajenas a la profunda y a la vez maravillosa complejidad de la India.

El Hinduismo es una fuente que acoge en sí misma, como una gran matriz, a todas las religiones, espiritualidades o manifestaciones religiosas de la India. Un todo que en palabras del sabio Raimon Panikkar, no tiene definición, no es una doctrina, ni una idea, ni un rito, que busca la Verdad, pero con el cuidado de que las verdades parciales no destruyan “La Verdad”. Es decir, una amplia llanura que contiene todos los caminos que están en la búsqueda de la única verdad trascendente. Eso explica, en parte, la heterogeneidad de corrientes, escuelas, ritos, maestros y deidades que encontramos en el hinduismo.

Es un abanico multicolor, en el que todos los matices tienen cabida, en donde cada nuevo maestro espiritual será integrado como una manifestación más de la divinidad en una nueva potencialidad infinita del impulso de la creación.

El hinduismo es una realidad que no se define por su esencia, como hace la lógica del pensamiento occidental, sino precisamente por lo contrario, por ser la manifestación de lo general, aquello que lo integra y explica todo.

Es probablemente esa mirada amplia e integradora, tolerante y heterogénea lo que más fascina al occidental, acostumbrado a la definición, a la segregación de los conceptos e ideas que definen opuestos y marcan diferencias. En la espiritualidad de la India nada es segregado por ser diferente, porque precisamente en la diferencia está la infinita posibilidad de manifestación de lo sagrado, y con ello las misteriosas posibilidades de la belleza. Múltiples rostros de luz que reflejan en un todo, las más profundas concepciones de lo que verdad, felicidad y belleza son para la India.

La historia de la India tiene sus comienzos en los afluentes del río Indo, nombre que significa precisamente “río” y que a su vez le da nombre a la península y a la nación. Actualmente el río Indo cruza Pakistán, país creado junto con la India en el año 1947. Sin embargo, será en los bordes costeros de este río en los que, alrededor del año 2500 a. C., surgen los primeros asentamientos humanos que llegarán a cristalizarse en extraordinarias civilizaciones de las cuales aún nos queda muchísimo por desentrañar. Ejemplos fantásticos son Harappa y Mohenjo Daro, dos sitios descubiertos en el impulso arqueológico de comienzos del siglo XIX, que revelan ciudades dotadas de planos urbanos de exquisita complejidad, terrazas, desagües subterráneos y edificios que nos hablan de una sociedad desarrollada y muy bien organizada. Pequeños sellos en esteatita con dibujos zoomórficos y enigmáticas inscripciones, que suponemos pudo ser un primitivo intento de escritura, que los expertos aún no han podido descifrar, nos tienen a la espera de nuevas y fascinantes revelaciones sobre estas, las primeras civilizaciones del Valle del Indo.

Aún así, las pequeñas diosas madres, las piezas de orfebrería y la delicadeza de su arte nos dejan a las puertas de una sociedad misteriosa y fascinante que seguro tiene todavía mucho que revelarnos.

Alrededor de 1600 a. C., fecha todavía discutida por los expertos, aparece en el horizonte noroccidental del Indo, la migración del mundo ario que traería nuevos impulsos al latir civilizador de la India septentrional. Tribus guerreras, pero con una compleja estructuración social, organizada en grupos perfectamente jerarquizados y definidos.

Hoy día podemos aventurarnos a través de los estudios de las ciencias de las religiones, a distinguir claras características de lo que podríamos llamar un religión aria o indoeuropea madre, la que con el paso del tiempo se fue transmitiendo y a la vez degenerando en las distintas religiones y culturas de origen indoeuropeo o ario que la suceden, como la griega, romana, germana, celta, persa o india, entre otras.

Los rasgos religiosos y culturales de los arios se encontraron con aportes interesantes de las culturas locales u originarias, generando mezclas riquísimas, con matices diferentes y únicos, que nos siguen hablando de la infinita capacidad humana de buscar lo divino y con ello la belleza.

Es, precisamente, en el encuentro de estos dos mundos, los arios y los pueblos locales, llamados “*dasas*” por sus conquistadores indoeuropeos, que quiere decir, “oscuros de piel”, en donde los rasgos típicamente patriarcales, las jerarquías sociales, y un fuerte y aguerrido panteón de dioses de los arios, se fusionan con los rasgos de estas sociedades originarias, al parecer profundamente religiosas también, en donde la deidad femenina, la regeneración evolutiva y la introspección meditativa tienen un rol especial, forjando características únicas que enriquecerán desde lo más profundo de los tiempos la multiplicidad colorida del hinduismo naciente.

Ese hinduismo que poco a poco lo irá infiltrando todo, como las aguas de los monzones en tiempos de lluvia, que tanto han marcado la vida de la India también, irá convirtiéndose en un marco contextual integrador que define lenta, pero profundamente la conformación social de la India.

La transmisión y preparación de los cultos sagrados de los arios se protege como un tesoro, al cual sólo unos pocos tienen acceso. Los “oscuros de piel” o “*dasas*” no pueden recibir la “*sruti*”, la revelación sagrada, porque no están preparados para comprender el misterio que ella trasunta, el “Orden Perenne” del cual ella es poseedora y a la vez guardiana. Las distancias sociales entre los conquistadores y conquistados comienzan a ahondarse precisamente en términos religiosos.

Los Vedas, libros sagrados del hinduismo, compilan en cuatro grandes textos, además de las hazañas de los conquistadores, la forma sutil en la que las costumbres locales se fueron arraigando en el complejo mundo de los dioses y los hombres, creando así un panteón védico con interesantes aportes de las culturas originarias, en donde las viriles figuras de los dioses dejaron cabida a la mística y suave belleza del yoga y la meditación. Los rituales hindúes son, precisamente, un ensamblaje perfecto de esas dos caras de lo divino en la India, que los Vedas reflejan tan claramente, en donde el actuar del hombre tiene como fondo, la marca aún indeleble de las castas.

Abolidas legalmente en la constitución de 1947, que dio origen al estado de la India, siguen siendo hoy en día la columna vertebral que define las relaciones sociales del país sobre todo en las zonas rurales y conservadoras, donde son como un latir oculto, pero palmariamente perceptibles.

Las castas, en el caso de la India, no son grupos definidos por términos raciales, políticos o de poder adquisitivo, sino exclusivamente religiosos. Están divididas en cuatro grandes grupos: Los Brahmanes, la casta de los sacerdotes cuyo deber es estudiar y enseñar los Vedas, libros sagrados del hinduismo, los Kshatryas, nobles, rajás y príncipes con antiguas funciones militares, los Vaysias, mercaderes y agricultores y los Shudras, la casta de los vasallos, que como los pies en el cuerpo humano, permiten y sostienen las partes vitales que constituyen el cuerpo de la sociedad hindú.

El armazón que soporta esta concepción social, son tres conceptos fundamentales: Dharma, Karma y Reencarnación. Sin ellos, cualquier aproximación al espíritu de la India, serán intentos pueriles, ya que no sólo son la piedra angular que sustenta la complicada red de relaciones y estructuras sociales que mueven la nación, sino que esclarece el sentido profundo del latir universal, cimiento del hinduismo y de todo orden existencial.

Como bien nos introduce Panikkar en las primeras líneas de este artículo, el dharma es lo que verdaderamente explica el hinduismo. Lo que subyace a toda ordenación, o mejor dicho, “el hinduismo es simplemente, dharma”. Esta palabra tiene su origen en una raíz sánscrita que significa *coger, sostener o aguantar*, es decir, el dharma es el “Orden Cósmico”, el orden eterno que sostiene el universo, la armonía, el deber ser de cada criatura en ese orden integral del universo. Es ese dharma el que da lugar a cada ser en el mundo y a su vez, cada ser tiene el deber de encaminarse hacia la correcta búsqueda y realización de su propio dharma.

Una enunciación más occidental lo define como “correcta aceptación de los deberes”, pero es simplificar el concepto, ya que es importante aclarar que es una aceptación de deberes que no es impuesta por nadie, ni por ninguna entidad política, social, religiosa o humana, sino por uno mismo. Eso nos lleva por la corriente del sentido místico del hinduismo a desembocar en el karma, esa ley de causa efecto en la que no existe el azar, en donde todas las acciones quedan impresas a fuego en el suave y delicado tapiz de la naturaleza y el universo, sean buenas o malas, todas las acciones de un individuo que definirán el devenir de sus vidas en el acontecer cósmico de los tiempos. Son esas acciones las que sumarán positiva o negativamente en la balanza universal que define la próxima reencarnación, la que estará determinada por aquellas acciones libres y voluntarias y que irán dibujando los premios o castigos que el individuo ha de merecer, los que se concretan, en parte, en la hora del alumbramiento, en la casta en la que le ha correspondido nacer. Cada uno ha nacido en la casta que le corresponde según su propio accionar en las vidas pasadas, por tanto no existe el determinismo, sino la absoluta libertad de elegir, de acuerdo a la casta en la que le ha correspondido nacer, cómo aceptar su dharma y buscar las formas y posibilidades de encontrarlo para ejercer su verdadero rol en el orden cósmico del universo con la ayuda de la observación del karma positivo o negativo, pistas que le indican hacia donde avanzar.

Como en la rueda del “*Samsara*”, el ciclo de las reencarnaciones, estos tres conceptos son el soporte espiritual que da respuesta a todas las inquietudes de los hindúes, que clarifica los sinsentidos y ordena, como en un ritual, las energías y fuerzas de la naturaleza. No hay castigos inmerecidos ni premios injustificados, decía Budha.

La divinidad, comienzo y fin, esencia contenedora e indefinible, tiene múltiples rostros, millones de manifestaciones, infinitas posibilidades de ser. Esa es la clave del hinduismo, la integración de todos los caminos que busquen llegar a la divinidad, que no es otra cosa que la Verdad, con mayúscula, la suprema Belleza y la absoluta Bondad. Por eso el hinduismo tiene tantos matices, tantas escuelas, tantos colores, tantas búsquedas. Cada una de ellas es un intento por llegar a lo divino, a lo trascendente, que está en cada instancia de la creación, pero está también en lo más profundo de cada ser.

En cada camino, lo divino se manifiesta con una belleza oculta, profunda, solemne, completa, cuyo descubrimiento y comprensión depende absolutamente de la libertad humana.

Sundaram, significa belleza. Esa belleza que trasluce cada intento humano conciente por llegar a la comprensión de lo absoluto, del todo, del infinito. De abrazarla y fundirse con ella y en ella. Que no tiene límites racionales, porque no es un concepto intelectual, sino

absolutamente espiritual, sensorial, es probablemente esa la razón que explica porqué a los occidentales nos cuesta tanto la comprensión de la India y su cultura. Acostumbrados a las definiciones intelectuales que adecuan el “intelecto a la cosa”, olvidamos que la experiencia de lo divino no tiene exclusivamente expresiones racionales, sino más bien espirituales.

Esta muestra es un maravilloso recorrido por esos caminos, escuelas, intentos y búsquedas que llevan a la experiencia de lo absoluto, una experiencia que aspira en parte a ser la gran reveladora de un sentido de observar la realidad con otros ojos, donde la belleza es una joya a veces oculta tras formas agresivas, impetuosas y amenazantes o un diamante evidente, donde las líneas, formas y colores nos seducen y de alguna misteriosa forma nos conectan con una emoción interior. Para los hindúes eso, no es otra cosa que una forma de experimentarse, de conocerse, de comprenderse. Ese es el primer paso para llegar a fundirse con lo divino, con el orden perenne y eterno del universo.